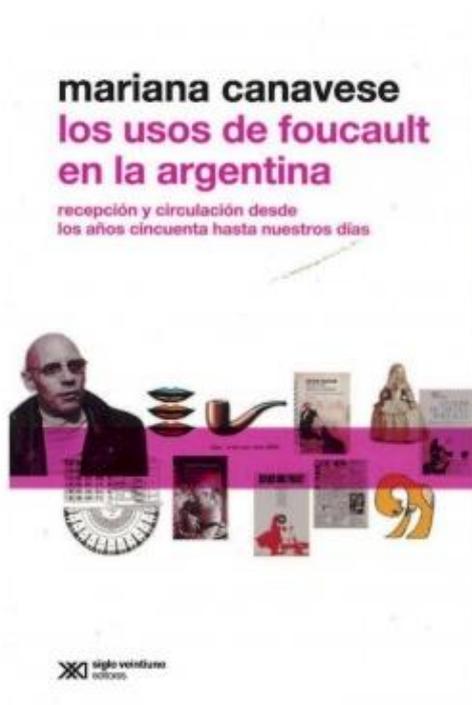


USOS DE FOUCAULT EN LA ARGENTINA

Mariana CANAVESE, *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2015, 219 pp.



El papel del intelectual no es el de situarse ‘un poco en avance o un poco al margen’ para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del ‘saber’, de la ‘verdad’, de la ‘conciencia’, del ‘discurso’. Es en esto en lo que la teoría no expresa, no traduce, no aplica una práctica; es una práctica. Pero local y regional, como usted dice: no totalizadora”

Michel Foucault, en «Los intelectuales y el poder. Entrevista Michel Foucault — Gilles Deleuze» (1972), en Michel Foucault, *Microfísica del poder*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1991, p. 79.

Je voudrais que mes livres soient une sorte de *tool-box* dans lequel les autres puissent aller fouiller pour y trouver un outil avec lequel ils pourraient faire ce que bon leur semble, dans leur domaine [...]. Je n’écris pas pour un public, j’écris pour des utilisateurs, non pas pour des lecteurs.

Michel Foucault, “Prisons et asiles dans le mécanisme du pouvoir” (1974), *Dits et écrits II*, pp. 1391-1392

El objeto de este libro no es Foucault, ni su obra, sino los usos, algunos sentidos posibles, y sus problemáticas locales (30).

Mariana Canavese

Intentar definir los usos de un autor de un país central en un país periférico implica, antes que nada, partir de la conciencia de una discontinuidad: la que media —a través de desplazamientos y transformaciones— entre una obra, ella misma plural, y su porvenir. Una investigación de este tipo no puede limitarse a una perspectiva hermenéutica —como si los textos albergaran un sentido al margen de los circuitos de producción y circulación en los que se insertan— ni tampoco pretender registrar o constatar desvíos en relación con un presunto original. Para llevarla a cabo, se hace necesario articular los recortes autoriales, cronológicos y geográficos con problemáticas específicas. Problemáticas que nunca son previas ni universales, sino locales y asociadas tanto a la historia específica que se estudia como al propio proyecto intelectual que a través de esa historia se vehicula.

Llevar a cabo un ejercicio de este tipo con Foucault —estudiar “los usos de Foucault en la Argentina”— implica, a su vez, incorporar a la propia perspectiva de estudio algunos de los procedimientos de los que el autor se dotó a lo largo de su recorrido. Pues, como es sabido, en su obra

se observa un giro en el que emerge el problema de los usos de la filosofía. Una pregunta que, más allá de la discusión sobre la “caja de herramientas” y sobre el problema —aunque importante, radicalmente diferente— de la *instrumentalidad*, hacía posible formular una pregunta que, como ha señalado recientemente Giorgio Agamben volviendo precisamente sobre Foucault, ha sido tradicionalmente negligida por la filosofía occidental.

Después del cierre histórico de las vanguardias intelectuales de los sesenta y los setenta, en las que Foucault fue una pieza destacada, esta pregunta por los usos se vuelve especialmente relevante para nosotros, que no somos sus herederos naturales. Ese cierre abre así la pregunta por los usos y las apropiaciones de un legado que no nos estaba destinado. Didier Eribon constataba en 1994 cómo la recepción internacional de Foucault había multiplicado las imágenes y los usos de Foucault:

Diez años después de la muerte de Michel Foucault, su obra ha permanecido, por lo tanto, en el centro de la vida intelectual, tanto en Francia como en muchas partes del mundo. [...] Ya resulta imposible llevar la cuenta de las obras que le han sido dedicadas, de los números especiales de revistas, los artículos, los debates y los coloquios internacionales (muy recientemente en Tokio, Londres, Chicago, San Pablo, México, Sydney, Toronto, Nijmegen, etc.). [...] En contextos tan diferentes que uno a veces se pregunta si esos mil Foucault que se ven surgir en todos los países, en todos los continentes, son compatibles entre ellos. ¿Qué hay de común entre el Foucault de la izquierda bengalí, fuertemente teñida de un marxismo más o menos renovado, y el de los intelectuales húngaros, búlgaros, rumanos, polacos, rusos o checos que hacen de él un arma para pensar la transición democrática y las transformaciones de sus sociedades después del desmoronamiento de los regímenes comunistas y de la ruptura con la ideología marxista? Sin hablar de los movimientos norteamericanos que luchan por los derechos de las comunidades minoritarias, y especialmente los movimientos de *gays* y lesbianas (*queer*, se diría hoy en Estados Unidos), de quienes Foucault se ha vuelto uno de los maestros para pensar y actuar. *La voluntad de saber*, el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, es en la actualidad la biblia de una enorme cantidad de militantes homosexuales, así como *Eros y civilización* o *El hombre unidimensional* de Marcuse eran los libros-faro de los estudiantes radicalizados norteamericanos de los años sesenta.¹

Medir esos usos de Foucault con un único patrón —como se hiciera en su momento con el metro de platino e iridio que, conservado en París, fue desde 1889 hasta 1960 la garantía de un patrón de medida universal— implicaría desconocer la productividad específica de sus usos y apropiaciones. Eso, que no nos exime de conocer e indagar por la función que cumplieron esos textos en su contexto de aparición y su valor en tanto que intervenciones, permite poner a circular de nuevo el sentido.

La inscripción de los textos de un autor en un nuevo circuito de producción está siempre sometida a transformaciones. Estas van desde el desconocimiento (lo que pasaba, en un mismo espacio nacional, con Lévi-Strauss leído *como un autor existencialista* desde *Les temps modernes* por Simone de Beauvoir en 1949 pero también, en un contexto internacional, por la lectura conjunta de Sartre y Lévi-Strauss que, desde Argentina, podía hacer Nicolás Rosa a mediados de los sesenta) hasta la apropiación salvaje (como hicieron en su momento Julia Kristeva y el grupo *Tel quel* con el generativismo de Noam Chomsky), pasando por la lectura disciplinaria (como quería Eliseo Verón que se recibiera el estructuralismo en Argentina). Si se deja de juzgar esos usos a partir del criterio de la falta (distancia geográfica respecto a un centro; atraso temporal o discursivo; perversión del origen; moda superficial)

¹ Didier Eribon, *Michel Foucault y sus contemporáneos*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, pp. 18-20. Traducido por Viviana Ackerman (*Michel Foucault et ses contemporains*, Paris, Fayard, 1994).

quizás se reconozca que también en los principales centros intelectuales las condiciones de producción de algo nuevo pasan por una cierta productividad de la lectura.

El libro de Mariana Canavese *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2015) supone una importante aportación al estudio de estas cuestiones. Su estudio no trata de medir la influencia de Foucault en la Argentina. El libro parte de una

[...] aspiración por explicar la evidencia actual de la extraordinaria difusión del nombre y la cita foucaultianos en la Argentina de los últimos años, a pesar de que esos textos habían sido mayormente, y por largo tiempo, ignorados en los programas de Historia y Filosofía de la UBA y recuperados en cambio en cursos privados, medios de comunicación, espacios extra-académicos (177).

Resultado de una reelaboración de la tesis doctoral de la autora en Historia, esta investigación se propone “mirar hacia atrás para historizar la cada vez más intensa circulación del léxico foucaultiano, para rastrear los modos de su presencia en el ámbito académico y cultural en general, y para intentar comprender cómo es el Foucault argentino”, trazando así “una suerte de genealogía de su destino local” (14). En Argentina, “a treinta años de su muerte, proliferan entre nosotros las menciones y los usos foucaultianos” (13) hasta el punto de que “la palabra y la cita foucaultianas forman parte del sentido común del campo cultural, político e intelectual” (16) argentinos. El estudio plantea así una genealogía del lugar de Foucault en la cultura argentina ligada a su circulación y sus usos.

Aunque el concepto de “recepción” aparezca en el subtítulo, Mariana Canavese ha preferido explorar las posibilidades de la categoría de “uso” (16). Escribe la autora:

Para distanciarme de una posible concepción de “recepción” ligada a la influencia de una cultura central sobre otra periférica, propongo la recepción, o los usos y apropiaciones, no como problema geográfico ni temporal, sino como un campo de problemas inmanentes a la situación local (27).

De ese modo, se pone en primer plano una periodización local sin la cual se harían ininteligibles los usos argentinos de Foucault.

El estudio se pregunta por “las lecturas que fueron posibles en el campo intelectual argentino” sin valorar tanto su fidelidad al autor o al sentido de las problemáticas en su contexto de origen como a “las prácticas de lectura” (22) y la orientación que se dio a esos textos. Canavese se interesa, así, no sólo por una translación en el marco de las disciplinas (psicología, historia, filosofía...), sino también por los usos específicos de esos textos —o de las referencias a ese autor— en el campo general de la cultura, incluyendo en él desde la literatura hasta la política.

La investigación de Canavese muestra una multiplicidad de estratos y circuitos de recepción que van desde la primera recepción del autor francés —en un momento en el que su obra no venía todavía precedida de su fama— hasta la actualidad. Su estudio muestra que “no fue por el lado de la filosofía ni de la historia que la letra foucaultiana ingresó y se instaló en el ámbito académico local, sino a través de áreas como la psicología y las ciencias sociales” (184). Los textos de Foucault llegaron a la Argentina de la mano de la temprana traducción de *Enfermedad mental y personalidad*, primer libro del filósofo francés traducido al castellano (publicado en Buenos Aires en 1961 por la serie “Biblioteca

del hombre contemporáneo” de Paidós, trad. de Emma Kestelboim). En ese contexto, “todavía Michel Foucault no es Foucault, sino una referencia más y entre otras” (45).

Su primera recepción fue principalmente extra-universitaria: circuló a través de debates, publicaciones periódicas y medios de comunicación. En la segunda mitad de los sesenta y en los setenta, estuvo ligada a la ola del estructuralismo. En ese contexto, y

[...] en una escena protagonizada por el existencialismo sartreano y, más tarde, también por el marxismo renovado por el althusserianismo, que tendía puentes con novedades intelectuales como el estructuralismo y el psicoanálisis, la cita foucaultiana llegaba por una doble vía: a través de la crítica sartreana, pero también por su inclusión dentro del frente estructuralista (47).

Contra ese Foucault estructuralista se movilizó a un Sartre que lo presentaba como la última barrera de la burguesía frente a la revolución. Es así como el Foucault de *Las palabras y las cosas* —libro editado en México por Siglo XXI en 1968 que, no hay que olvidarlo, arrancaba con una cita y comentario de Borges— será duramente criticado por una parte importante de la intelectualidad argentina. Paralelamente, en México se publicó *El nacimiento de la clínica* (1966), *Historia de la locura en la época clásica* (1967) y *La arqueología del saber* (1970), textos que, en aquel momento, tuvieron una menor incidencia en Argentina. Títulos a los que se sumaron, en 1973, *El orden del discurso* (Barcelona, Tusquets) y *Raymond Roussel* (Buenos Aires, Siglo XXI).

Las resistencias a su pensamiento se aprecian, entre otros lugares, en la publicación de *Análisis de Michel Foucault* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo) en 1970. El volumen, editado anónimamente por José Szabón, incluía, entre otras cosas, una selección de artículos provenientes de las revistas francesas *Esprit*, *Raison Présente*, *Les Temps Modernes*, *La Pensée* y *Critique*. Ocurre que esos textos, más que una presentación del pensamiento de Foucault, eran en la mayoría de los casos recusaciones de la validez de su pensamiento. Ese libro corresponde, de hecho, a un género que conoció su boga a finales de los años sesenta y principios de los años setenta: esos compendios de presentación de los nuevos autores —o, más en general, del “estructuralismo”—, los cuales solían publicarse, cuando era simples traducciones, con un par de meses de distancia respecto a las publicaciones originales, fueron un fenómeno que desborda el caso argentino y que se dio también en Francia, España y Brasil, por citar solo tres casos. Este tipo de volúmenes contribuyó a que Foucault fuese presentado en Argentina “mayormente dentro de lo que en ciertos sectores se entiende como una “ofensiva estructuralista” y no en libros exclusivamente dedicados a su pensamiento” (59). En esos años, la presencia de Foucault, en tanto que un miembro más del estructuralismo —aunque menos leído y citado que Althusser y Lacan—, formaba así parte del cuestionamiento del historicismo humanista.

En la última dictadura militar (1976-1983), algunos núcleos de la resistencia cultural se ampararon en Foucault para pensar el poder y la subjetividad. Foucault aparecía en la revista *Punto de vista* desde 1978 y en *Sitio* desde 1981. Y, a comienzos de los años ochenta, un libro como *Vigilar y castigar* circulaba entre los estudiantes universitarios al margen de los programas. Las apropiaciones argentinas de Foucault pasaron, en esos años, por un análisis del poder para pensar el terrorismo de

Estado y los dispositivos represivos de la dictadura. Canavese desmiente en su estudio el mito según el cual “Foucault fue un autor prohibido y silenciado por el régimen militar” (100). Si su nombre comenzó a adquirir una mayor presencia a principios de los ochenta se debe, precisamente, al trabajo —muchas veces subterráneo— que se llevó a cabo durante la dictadura. En esos años, Foucault fue incorporado básicamente de dos modos. Por un lado, colocado ya en un segundo plano el anti-humanismo de la segunda mitad de los años sesenta, permitía pensar no sólo la historia del encierro y los dispositivos de poder, sino reincorporar problemáticas humanistas como la de los derechos humanos. Por el otro lado, una vez excedida la ola estructuralista, se hacía visible la traza nietzscheana que acompañó todo el recorrido de Foucault, quien pasaba a ser emparentado a Deleuze. El tercer rasgo del periodo va ligado a la crisis y crítica del marxismo, a las que Canavese dedica un capítulo (“Foucault en la crisis local del marxismo”).

Desde el comienzo de la posdictadura², con la renovación universitaria, la obra y el pensamiento de Foucault entraron en la Universidad de Buenos Aires. En este sentido, el estudio de Canavese hace evidente la necesidad de historizar por campos y disciplinas, tal como han hecho magistralmente con el campo filosófico Francisco Vázquez García y José Luis Moreno Pestaña. De ese modo, su estudio muestra que —en un primer momento— “no fue por el lado de la filosofía ni de la historia que la letra foucaultiana ingresó y se instaló en el ámbito académico local, sino a través de áreas como la psicología y las ciencias sociales” (184).

Por lo demás, desde esa misma época empezó a cobrar fuerza otro Foucault: no sólo el de la analítica del poder y del encierro, sino el libertario y el del micropoder. El auge de Foucault llevó, en los noventa, a una generalización de la cita o referencia foucaultiana que, sin embargo, poco tiene que ver con el funcionamiento de los conceptos en su discurso. Como reconoce la autora,

[...] puede advertirse el cambio en las condiciones de decibilidad foucaultianas así como el tránsito hacia su legitimación, de su ubicación marginal en el campo a su difusión como un clásicos, en una suerte de prehistoria de lo que hoy circula como si fuese una evidencia, de conceptos que ya no son tales sino que han pasado a ser palabras corrientes (191).

El libro de Mariana Canavese, del que aquí hemos intentado rescatar algunos de los hilos principales, supone una importante aportación tanto en el campo de los estudios foucaultianos como en el de la circulación de la teoría y, en ese sentido, forma parte de una serie en la que se incluyen —en un listado que no pretende ser exhaustivo— otras obras que dan a pensar los textos y el pensamiento francés en su circulación internacional en los contextos de lengua española y portuguesa, como son *Telquelismos latinoamericanos* (Buenos Aires, Grumo, 2009) de Jorge H. Wolff (hay versión portuguesa: *Telquelismos latino-americanos. A teoria crítica francesa no entre-lugar dos trópicos*, Rio de Janeiro, Papéis Selvagens, 2016), de Jorge H. Wolff; *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)* (Santa Fe, UNL, 2016), de

² Tomo el concepto de Analía Gerbaudo, *Políticas de exhumación. Las clases de los críticos en la universidad argentina de la posdictadura (1984-1986)*. Los Polvorines/Santa Fe, UNGS/UNL, 2016.

Analía Gerbaudo: *Imágenes de Roland Barthes no jornal 'O Estado de S. Paulo' (1953-2013)* (Paris, Nota de Rodapé, 2015), de Laura Brandini; y *Los efectos del estructuralismo en la crítica literaria española y argentina: aproximación teórica a un estudio comparativo* (2017), tesis doctoral de Vicenç Tuset (Universidad Nacional de La Plata), a los que pronto se sumará la tesis doctoral de Ester Pino (Universitat de Barcelona), titulada *Circulación de textos y usos de Roland Barthes en la crítica francesa, española y argentina (1965-2015)*. A esta serie cabe añadir el magnífico trabajo llevado a cabo por Francisco Vázquez García y por José Luis Moreno Pestaña, entre cuyas publicaciones cabe destacar *La filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica* (Madrid, Abada, 2010) y *Hijos de Dionisos. Sociogénesis de una vanguardia nietzscheana (1968-1985)* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2014), del primero, y *La norma de la filosofía: la configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2013), del segundo.

Max HIDALGO NÁCHER
Universitat de Barcelona
maxhidalgo@ub.edu